

Sobre la Historia Intelectual

Carlos Altamirano*

Entre el 12 y el 14 de septiembre de 2012 se desarrolló en Medellín el Iº Congreso de Historia Intelectual de América Latina. Organizado por el Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL) y realizado en la Universidad de Antioquia, el evento contó con 21 mesas temáticas, 250 ponencias e invitados de casi todos los países de Latinoamérica. Se abordaron, entre otros, temas relativos a la nueva historia intelectual en nuestro continente, la historia y la sociología de los intelectuales, el rol de la Universidad en el pasado y en el presente, la historiografía literaria y el valor de la prensa y de las revistas en la cultura latinoamericana y la historia del libro y la edición en América Latina.

Desde la misma convocatoria se reconocía en el Karl Mannheim de *Ideología y Utopía* el gesto fundacional de la sociología de la cultura, al que se sumaban los nombres de figuras como Julien Benda, Georg Lukács, León Trotsky y Antonio Gramsci como hitos en el proceso de autorreflexión intelectual.

En nuestro continente, se remitía a una tradición abierta por el dominicano Pedro Henríquez Ureña con sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* y que reconocía desarrollos en autores como el mexicano Alfonso Reyes, el colombiano Baldomero Sanín Cano, el venezolano Mariano Picón Salas, el argentino Sergio Bagú, el peruano Jorge Basadre y el brasileño Gilberto Freyre. Y añadía: José Luis Romero o Rafael Gutiérrez Girardot aportaron, ya hace más de medio siglo, el marco político, sobre todo socio-cultural sobre el cual reconstruir la historia de los intelectuales y sus diversas funciones, en el proyecto de la construcción de nuestra agitada vida republicana. Y reconocía como un hito en la maduración de estos estudios en nuestro continente la reciente aparición de los dos gruesos volúmenes de *Historia de los intelectuales en América Latina*, obra colectiva que dirigió Carlos Altamirano.

No es casual, pues, que los organizadores hayan ofrecido a Altamirano la presidencia honoraria del Congreso y el discurso de apertura, cuya versión escrita tiene *Políticas de la Memoria* la satisfacción de ofrecer a sus lectores.

I.

Empiezo por el lado de lo general. Desde hace ya dos o tres décadas se habla de una nueva historia intelectual. Bajo esa etiqueta, en verdad, no se halla un campo de estudios unificado por un paradigma conceptual o una problemática dominantes, sino que se aglomeran orientaciones, estrategias y prácticas de investigación que, apenas se las examina, son muy variadas. ¿Cómo identificar, en efecto, como expresiones de una misma disciplina o subdisciplina lo que hacen Carl Schorske en *Viena Fin-de-Siècle*, Hayden White en *Metahistoria* y Pierre Rosanvallon en *La consagración del ciudadano* o en *El pueblo inhallable*? Aunque podrían también ser otros nombres, cito estos tres porque aparecen como referencia frecuente cuando se afirma y se discute sobre la renovación que la historia intelectual ha experimentado en las últimas décadas. Ahora bien, la heterogeneidad de los programas se percibe apenas se leen las reflexiones metodológicas con que los autores acompañan sus trabajos. Detengámonos un momento en esos escritos programáticos.

Publicado en 1979, el libro de Schorske reúne una serie de ensayos históricos que tienen como fondo común la relación entre política y cultura en la Viena de entre siglos, la Viena de Sigmund Freud y de Arthur Schnitzler, del músico Arnold Schoenberg, del pintor Oscar Kokoschka y del arquitecto Otto Wagner. Al explicar el proyecto que animó su investigación, Schorske destaca la cuestión crítica que halló en el camino: cómo estudiar la correspondencia que pudiera existir entre los diferentes sectores de la cultura intelectual, de la literatura a la música. Esa relación no podía darse como descontada ni tampoco podía concebirse, como ocurría en el pasado, recurriendo a nociones sinópticas del tipo “espíritu de época”, nociones que postulaban antes que demostrar la unidad de una cultura. Desde la segunda mitad del siglo XX, observa el historiador norteamericano, las disciplinas humanísticas que eran esenciales para la investigación que se proponía llevar a cabo se habían vuelto cada vez más independientes entre sí y habían desarrollado métodos propios de análisis para

* UNQUI/CONICET



el estudio intrínseco de sus objetos, fueran textos, obras pictóricas, planos urbanos o composiciones musicales. Se habían generado así universos especializados de erudición, que el historiador intelectual no podía ignorar si pretendía hacer observaciones y juicios pertinentes respecto de esos ámbitos de creación.

Sin embargo, la ruta que había seguido la evolución de las disciplinas humanísticas era la de una deshistorización cada vez mayor de sus métodos y de sus preocupaciones. El historiador intelectual, anota Schorske comentando el recorrido de su búsqueda, no podía pasar por alto el conocimiento específico que estas disciplinas ofrecían, pero no obtendría de ellas la unidad supuesta de la producción cultural. Quedaba en sus manos rastrear los patrones unitarios que el momento histórico imprimía al conjunto de la cultura a través de la pluralidad empírica de los varios campos de la creación intelectual. De estas comprobaciones resultará lo que podríamos llamar el programa de Carl Schorske para la historia intelectual, con dos líneas que se entrecruzan. Una de las líneas es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de actividad cultural (pintura, política, etc.). La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas u otros aspectos de la cultura en la misma época. Y concluye con una analogía: “La línea diacrónica es la urdimbre de la tela de la historia cultural, y la línea sincrónica, la trama. El historiador es el tejedor, pero la calidad de la tela depende de la resistencia y el color del hilo”.¹

No encontraremos ninguna de estas preocupaciones en la introducción metodológica que Hayden White antepone a **Metahistoria**, que tiene más facetas y teóricamente es más ambiciosa que la de Schorske. Objeto del libro, como reza el subtítulo, es la “imaginación histórica en la Europa del siglo XIX”, cuya evolución se propone trazar a través de las obras históricas de Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt, y de las obras de los principales filósofos de la historia, como llama a Marx, Nietzsche y Croce. Pero su propósito no se restringe a la investigación de ese objeto: el autor pretende también hacer una contribución al debate contemporáneo sobre el conocimiento histórico como tal.

White advierte que considerará la obra histórica “como lo que más manifiestamente es”: “una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados con el fin de *explicar lo que fueron representándolos*”. Dicho en otras palabras: enfocados en su aspecto más evidente los escritos historiográficos pertenecen al campo de los géneros literarios y el método que el autor juzga más apropiado para estudiar dichos textos es, según su propia definición, “formalista”. En el lenguaje teórico de White la noción de formalismo no tiene un sentido genérico, sino que está anudada con determinadas tradiciones de estudios literarios, notoriamente las que llevan los rótulos de formalismo ruso y estruc-

turalismo francés con sus derivas postestructuralistas, con su caudal de teoremas y modelos inspiradores asociados con nombres como los de Roland Barthes, Michel Foucault, Jacques Derrida, elenco al que el autor incorpora a otros dos teóricos de la literatura: al canadiense Northrop Frye y al norteamericano Kenneth Burke. De ese universo, es decir, de la retórica y la crítica literaria extrae White gran parte de “los principios interpretativos” que presiden su estudio. Lo que está en el centro de su teoría de la obra histórica no son las relaciones de adecuación o de verdad entre la reconstrucción del pasado que contiene determinada narración histórica y los sucesos efectivamente acaecidos en el mundo al que el texto se refiere, es decir, la obra histórica en tanto operación de conocimiento. Digamos que White es escéptico respecto de los alcances cognitivos del saber histórico, que puede aspirar en el mejor de los casos a la condición de saber protocientífico. La intención realista de la obra histórica no parece tener a sus ojos más credenciales de verdad que las pretendidas por las novelas realistas.

Aquello que le interesa es la concepción específica de la historia que se manifiesta en obras históricas particulares, concepción que puede ser caracterizada analizando los diferentes niveles de explicación que ellas encierran: 1) explicación por la trama del relato, que puede adoptar forma novelesca, trágica, de comedia o satírica; 2) la explicación por la argumentación formal enunciada, orden en que White discierne los modos mecanicista, organicista, formista y contextualista; 3) la explicación que remite a la dimensión ideológica de toda obra histórica y que el autor clasifica, inspirándose en Karl Mannheim, en posición conservadora, anarquista, liberal y radical, consideradas como actitudes típico-ideales. Los diferentes estilos historiográficos resultan, finalmente, de la “combinación particular de modos de tramar, de argumentación y de implicación ideológica”.² En su examen de las obras del siglo XIX que toma en consideración buscará definir el estilo historiográfico que toma cuerpo en cada una de ellas.

Los niveles de análisis, sin embargo, no se agotan en las dimensiones puestas de relieve por los principios interpretativos señalados hasta aquí. A los ojos de White ellos constituyen sólo niveles de superficie de las obras históricas. Esas dimensiones manifiestas (o, como las llama, epistemológicas, estéticas y morales)³ remiten a un nivel más profundo, de naturaleza poética y lingüística antes que teórica. Escribe nuestro autor: “Para figurarse ‘lo que realmente ocurrió’ en el pasado [...] el historiador tiene que prefigurar como posible objeto de conocimiento todo el conjunto de sucesos registrados en los documentos. Este acto prefigurativo es poético en la medida en que es precognoscitivo y precrítico en la economía de la propia conciencia del historiador”. ¿Con qué recursos cuenta el historiador intelectual para encarar este suelo último de la conciencia histórica? Con los que ofrece la teoría retórica de los tropos y sus categorías —metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía—. Esa teoría, en que con-

¹ Carl Schorske, **La Viena de fin de siglo. Política y cultura**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 19.

² Hayden White, **Metahistoria. La imaginación en la Europa del siglo XIX**, México, FCE, 1992, p. 38.

³ *Ibid.*, p. 10.

vergen la retórica clásica y la nueva, “proporciona una base para clasificar las formas estructurales profundas de la imaginación histórica en determinado período de evolución”.

Metahistoria apareció originalmente en 1973 y los puntos de vista de su autor, que no hará sino radicalizar sus posiciones en ensayos sucesivos, provocaron réplicas polémicas en el campo de los historiadores. Entre ellas las de quienes, como Carlo Ginzburg y Roger Chartier, estaban construyendo simultáneamente una poderosa obra en el terreno de la historia cultural. El cargo que se le hará a White es el de “ficcionalizar” el texto historiográfico, al punto de colocarlo a la par de los textos de imaginación. Nada irritaba tanto a los historiadores como la indiferencia de White por los procedimientos cada vez más complejos que se habían elaborado desde el siglo XIX por controlar los argumentos que contienen las narraciones y por validar las pruebas o las evidencias de esos argumentos. No negaban que la imaginación jugara un papel en el trabajo del historiador, tanto en el curso de la investigación como a la hora de componer su relato. Lo que al final entregaba, como producto de ese trabajo, no podía identificarse, sin embargo, como un fruto de la imaginación. El autor de **Metahistoria**, que cuenta también con adeptos, sobre todo entre los historiadores intelectuales, respondió a sus críticos. No tengo la intención de internarme en esta polémica. Quisiera únicamente agregar que White agitó las aguas y contribuyó, al igual que Paul Ricoeur y otros autores, a que los historiadores tomen conciencia, para decirlo con las palabras de Chartier, de que “sus discursos, cualquiera sea la forma que tomen, es siempre un relato”.⁴

El proyecto de Pierre Rosanvallon también es ambicioso, pero no sólo el objeto de estudio que tiene en la mira es otro, sino que igualmente son otros sus criterios de métodos respecto de los que vimos en Schorske o en White. En un breve artículo de 1986, “Para una historia conceptual de lo político”, escrito según el autor en el “período de redacción de una obra dedicada a la historia de la democracia en Francia”, Rosanvallon trazó las líneas de un programa de investigaciones.⁵ Su centro de interés es el campo político, un objeto que durante mucho tiempo había sido compartido por filósofos, historiadores de las ideas e historiadores de los acontecimientos, aunque los especialistas en cada uno de estos sectores del saber, comenta Rosanvallon, hacían su trabajo sin interesarse por el que llevaban a cabo los otros. Después llegó el largo capítulo de descrédito de esos géneros tradicionales, que envejecieron mientras la renovación historiográfica avanzaba por las diferentes líneas de la historia social, durante muchos años sinónimo de la nueva historia en Francia (aunque no sólo allí, agreguemos). El paisaje intelectual y académico francés, que es el que Rosanvallon considera, comienza a cambiar a partir de la década de 1980 y un signo saliente de esa mutación ha sido la reactivación de la filosofía política.

Sin restarle significación a este hecho, el autor cree que lo más interesante no radica en la posición eminente asumida por la filosofía política, sino en “la formación progresiva de una *historia conceptual de lo político*”, fenómeno que no remite a una disciplina exclusiva sino a una convergencia de especialistas de varias disciplinas en el análisis de lo político. Para esbozar el contorno de este espacio de convergencia, Rosanvallon cita obras de filósofos políticos como Pierre Manent y Claude Lefort, del crítico literario Paul Bénichou, de historiadores como François Furet, Bronislaw Baczko y Marcel Gauchet, del antropólogo Louis Dumont, entre otros. ¿Qué observa de común en los autores que menciona? Que para ellos, escribe, “lo político no es una ‘instancia’ o un ‘dominio’ entre otros de la realidad: es el lugar donde se articulan lo social y su representación, la matriz simbólica en la cual la experiencia colectiva se arraiga y se refleja a la vez. ¿La cuestión? La de la modernidad, su advenimiento y su trabajo”.⁶

Este estado de convergencia de hecho, más implícita que explícita, debe ser superado para dar formulación rigurosa a una historia conceptual de lo político, observa Rosanvallon. Y después de hacer una somera revisión crítica de la historia tradicional de las ideas en sus diferentes variantes, para distinguirlas de lo que propone, indica las líneas de su programa. El objetivo de una historia conceptual de lo político, sostiene el autor, es: “1) hacer la historia de la manera como una época, un país o unos grupos sociales procuran construir respuestas a lo que perciben más o menos confusamente como un *problema*, y 2) hacer la historia del *trabajo* efectuado por la interacción permanente entre la realidad y su representación, definiendo *campos histórico-problemáticos*”.⁷ ¿Por qué llamarla historia conceptual de lo político? Porque “la inteligibilidad de las situaciones y el principio de activación se anudan y se ponen a prueba en torno de conceptos: la igualdad, la soberanía, la democracia, etcétera”. Para Rosanvallon el dominio a investigar no se restringe a las grandes obras del pensamiento político occidental moderno —o sea: la historia conceptual de lo político no debe ser concebida como un diálogo en la cumbre, entre Montesquieu y Rousseau, por ejemplo—. Ella debe preocuparse por incluir en el ámbito de observación y análisis lo que se designa como cultura política. Es decir, “el modo de lectura de los textos teóricos, las obras literarias, la prensa y los movimientos de opinión, los panfletos y los discursos de circunstancia, los emblemas y los signos”.⁸ En **Le sacre du citoyen** (1992) y **Le peuple introuvable** (1998), Rosanvallon dará pruebas de la fecundidad de su proyecto.

Se podrían añadir otros nombres conspicuos, como los de Quentin Skinner (**Reason and Rethoric in the Philosophy of Hobbes**, 1996, **Visions of Politics**, 2002) y John G. A. Pocock (**The Machiavellian Moment**, 1975), de la llamada Escuela de Cambridge.⁹ Quienes se hallan familiarizados con la cultura germánica podrían, a su vez, invocar igualmente una larga y valiosa nómina de estudio-

⁴ Roger Chartier, “L’histoire entre récit et connaissance”, en R. Chartier, **Au bord de la Falaise**, París, Albin Michel, 2009, p. 104.

⁵ Pierre Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político”, en **Prismas. Revista de historia intelectual**, n° 6, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2002, p. 123. El primer fruto del programa esbozado en el artículo fue **Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France**, París, Gallimard, 1998.

⁶ Rosanvallon, “Para una historia conceptual de lo político”, loc. cit., p. 126.

⁷ *Ibid.*, p. 129.

⁸ *Ibid.*

⁹ Bajo el título de **Lenguaje, política e historia**, 2007, la Universidad Nacional de Quilmes tradujo el importante conjunto de estudios teórico-metodológicos de Skinner, **Visions of Politics. Volume I: Regarding Method**.



sos, de Friedrich Meinecke a Reinhart Koselleck, pasando por Karl Lowith y Hans Blumenberg. Pero creo que el breve repaso de las posiciones de Carl Schorske, Hayden White y Pierre Rosanvallon basta para advertir que la nueva historia intelectual se declina en plural. ¿Qué elemento común se halla en todas las variedades de historia intelectual, sean nuevas o viejas? La atención privilegiada que se presta a las significaciones, se hable de ideas, representaciones o discursos, y al “trabajo” de esas significaciones en un área de alcance variable (una ciudad, un país o unidades espaciales más amplias) y en un tiempo histórico determinado. La sumaria revisión que hemos hecho nos muestra también que la historia intelectual mantiene relaciones con disciplinas más o menos vecinas, relaciones de alianza, de préstamos, de fertilización mutuas. Como la filosofía y los estudios literarios, según vimos. También la historia política figura entre esas disciplinas contiguas. Si observamos, para no ir lejos, el renacimiento de la historia política que se registra en América Latina, hay que concluir que, al menos en algunas de sus orientaciones, en particular la que imprimió a sus trabajos François Xavier Guerra, la convergencia con la historia intelectual resulta indudable.

II.

Dejo ahora el paisaje general para referirme a algo más circunscrito y localizado, así como más familiar para mí. La denominación *historia intelectual* es de adopción reciente en la Argentina. Quienes identificamos nuestras investigaciones con ese campo de estudios, sin embargo, no partimos de cero. Sabemos que apenas se comienza a sondear algún sector en el dominio de las significaciones — discursos, imágenes, visiones del mundo — nos encontramos con que otros exploradores nos han precedido y han dejado sus marcas: datos, ordenamientos, opiniones, análisis, valoraciones. Los que llegamos después, aunque pretendamos decir algo nuevo, trazar deslindes o genealogías diferentes, prestar atención a lo que permaneció inobservado o contrariar una verdad establecida, nos beneficiamos de ese trabajo precedente. A veces sacamos provecho de la erudición de los estudios previos, otras de la sagacidad de la interpretación que ofrecen. Es cierto que no siempre se obtiene alguna de estas recompensas, pero no es posible saberlo de antemano, sin hacer la prueba.

La historia de las ideas fue el género historiográfico que encauzó durante mucho tiempo el estudio histórico de las significaciones. También en la Argentina ese género ha sido largamente practicado. Para citar sólo algunos títulos de la primera mitad de nuestro siglo XX: **La evolución de las ideas argentinas** (1918), de José Ingenieros; **La metafísica de Alberdi** (1934), de Coriolano Alberini; **Influencias filosóficas en la evolución nacional** (1936), de Alejandro Korn; **Historia crítica de la historiografía argentina** (1940), de Rómulo Carbia; **Las ideas políticas en Argentina** (1946), de José Luis Romero. Por cierto, no hay un hilo que corra de la historia de las ideas a la historia intelectual tal como se la entiende actualmente. Existen brechas, discontinuidades, reconfiguraciones, entre ambas. La historia intelectual cuenta con la ventaja del gran avance que han conocido la historia social y política del país y de Hispanoamérica

en los últimos cuarenta años. Tiene a su alcance, además, un conocimiento más rico y articulado de la historia de las naciones europeas y de los Estados Unidos, conocimiento producido por investigadores cada vez más especializados también en lo referente a la historia del proceso intelectual de esas naciones. Esto último es importante para el estudio de la historia intelectual de países como los hispanoamericanos, que formaron sus lenguajes ideológicos a partir de los lenguajes europeos. Lo que distingue a la nueva historia intelectual, sin embargo, no son únicamente estas ventajas, sino los instrumentos conceptuales y hermenéuticos que ha forjado (a veces importándolos de otras disciplinas) para la interrogación de los textos, para el análisis de los modos de producción de significados, prestando atención al lenguaje figurativo como al argumentativo, a los usos diferentes de las significaciones y a los efectos que sobre éstas tienen los cambios de contexto. No obstante, agreguemos, en aquella tradición, la de la historia de las ideas, no encontramos sólo reliquias, testimonios de un saber que ya no es el nuestro, modos de historiar que ya han cumplido su ciclo. Todavía podemos aprender de lo que se ha escrito bajo su signo. Estoy seguro de que cualquiera de entre nosotros podría hacer un reconocimiento parecido al que hago aquí, o aun más rico, apenas se disponga a inventariar lo producido en el propio país en el estudio de las significaciones.

Como dije antes, la historia intelectual como campo de investigación no tiene muchos años en mi país y me parece que todavía nos encontramos en la situación de que hablar de historia intelectual signifique, antes que nada, referirse a recorridos marcados individualmente y a lo que cada uno ha elegido y elige hacer dentro de ese sector de trabajo. Aunque lo que vaya a recordar sea un recorrido personal, se trata, como suele ocurrir, de un recorrido hecho de encuentros y de interacción con otros. La labor intelectual solitaria suele ser la excepción, no la regla, y cuando se observa con atención siempre se detectan “microsociedades” o grupos intelectuales.¹⁰

Creo que fue la historiadora Hilda Sabato la primera que entre nosotros empleó esa expresión con el sentido que actualmente tiene también en la Argentina, en un artículo de 1986, “La historia intelectual y sus límites”, publicado en el número 28 de **Punto de vista**. Después, algunos de quienes estábamos interesados en los aspectos intelectuales del proceso histórico argentino nos empeñamos en rebautizar con esa denominación nuestra propia labor, apropiándonos de un término sin uso en la Argentina, aunque contara en el medio académico anglo-sajón con una larga tradición de estudios. Al designar lo que hacíamos y nos proponíamos hacer como historia intelectual no buscamos sólo ostentar un nombre novedoso: queríamos ayudar a que surgiera bajo esa designación un campo de investigaciones abierto a las orientaciones que en varias partes del mundo estaban renovando el análisis histórico de las significaciones.

¹⁰ Seguimos aquí a Randall Collins: “lo que entendemos por grupo intelectual es sólo que sus miembros se encuentran cara a cara con la suficiente frecuencia como para construir intercambios intensos de interacción ritual, forjar ideas-emblemas, identidades, energías emocionales que persisten y a veces dominan otras [...]”. **The Sociology of Philosophies. A global theory of the intellectual change**, Harvard University Press, 2000, p. 21.

¿Era indispensable la redenominación? ¿No existía acaso un sector de conocimientos muy próximo, el de la historia de las ideas, que se ocupaba del pensamiento en la historia, tenía un prestigioso pasado en la historiografía occidental y en el país había sido cultivado por estudiosos distinguidos, de muchos de cuyos trabajos eruditos todavía seguíamos aprendiendo? Sin embargo, la ruptura simbólica con la historia de las ideas nos pareció necesaria. Ocurre muchas veces en el dominio de las disciplinas intelectuales que la distancia respecto de lo más cercano se vuelve un movimiento obligado si se quiere abrir un nuevo curso. Veámos que la historia de las ideas se hallaba capturada en dos versiones con las que no nos identificábamos. Aparecía, por un lado, acantonada en un lugar subalterno dentro del ámbito de la historiografía, como una forma tradicional de hacer historia frente a las formas nuevas representadas por la historia económica y social (todavía no se percibía la renovación que iba a experimentar la historia política). O, por el otro, en su forma más nueva, era cultivada en el marco de una historia de la identidad nacional o latinoamericana, historia de matriz filosófica a la que el pensador mexicano Leopoldo Zea había dado gran impulso y era practicada entre los argentinos por estudiosos como Arturo Roig. Este polo, en que percibíamos una tentación muy fuerte por la esencialización del ser latinoamericano, tampoco nos atraía. La conclusión que extraíamos de este cuadro era la de que si se quería hacer surgir y dar paso, en nuestro país, a otros modos de observar y examinar desde un punto de vista histórico el trabajo de las significaciones en el seno de experiencias de grupo o individuales, había que establecer la diferenciación.

Una primera estación del recorrido fue para varios una cátedra universitaria, la de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, que tenía como titular a Oscar Terán en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires. Después sería el seminario que Terán creó en el Instituto Ravignani de la misma universidad y, finalmente, el Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, que durante varios años funcionó también bajo la dirección del mismo Terán. El anuario **Prismas. Revista de historia intelectual**, que se publica desde 1997 y del que han sido editores Adrián Gorelik, Elías Palti y Jorge Myers, es uno de los frutos del trabajo colectivo del grupo reunido en esa universidad.

Hablé más arriba de elección, de lo que cada uno ha elegido y elige hacer en relación a determinada órbita de trabajo. Pero las elecciones nunca son enteramente libres, siempre obran sobre ellas no sólo restricciones y posibilidades exteriores a quien elige, sino también elecciones hechas en el pasado. Quienes ya no éramos jóvenes al ingresar en el terreno de la historia intelectual debimos, pues, ajustar y negociar nuestras nuevas preocupaciones cognitivas con el bagaje que ya llevábamos incorporado. En mi caso, ese equipo hecho de conceptos, esquemas de percepción y formas de razonamiento provenía, fundamentalmente, de la sociología de la literatura, terreno en que durante varios años había trabajado con Beatriz Sarlo. Con un pie en la crítica literaria y otro en la sociología de la cultura, debía mucho a la obra de Pierre Bourdieu y al análisis cultural de Raymond Williams. El

interés por la historia intelectual argentina y latinoamericana había sido muy estimulado por la lectura de los trabajos de Tulio Halperin Donghi, de Adolfo Prieto, del David Viñas de **Literatura argentina y realidad política**. No podría omitir de este inventario el nombre de un ensayista de difícil clasificación porque escribía en las fronteras de varias disciplinas, el uruguayo Carlos Real de Azúa. La lista debería ser más larga, pero con los autores consignados basta para recordar que considero que mi trabajo se halla variadamente endeudado con el esfuerzo cumplido por otros.

Como se puede leer en un texto que escribí hace varios años, “Para un programa de historia intelectual”, en el centro de mi interés se halla la intersección entre historia intelectual, historia política e historia social de las élites culturales. Entiendo que cada uno de estos términos designa ámbitos de investigación con problemas, medios conceptuales y tareas propios, ámbitos irreducibles unos a otros, aunque puedan iluminarse recíprocamente. Para hacer más claro lo que busco decir voy a valerme de lo que afirma Reinhart Koselleck respecto de las relaciones entre historia conceptual e historia social. “Sin conceptos comunes —escribe— no hay sociedad, sobre todo no hay unidad de acción política. Y al contrario, nuestros conceptos se fundan en sistemas político-sociales que son más complejos, como para poder ser comprendidos sólo como comunidades de lengua bajo determinados conceptos guía. Una ‘sociedad’ y sus ‘conceptos’ se encuentran en una relación de tensión, que también caracteriza las disciplinas científicas asociadas a ellos”.¹¹ Creo que este esquema con el que Koselleck describe las relaciones entre los conceptos del lenguaje político y los sistemas político-sociales que operan como sus contextos —relaciones hechas de reciprocidad y de exceso de uno respecto del otro (el sistema social es más complejo; el concepto es más rico en significados que su contexto)— puede servir para indicar cómo entiendo la intersección entre historia intelectual, historia política e historia de las élites culturales.

En el prefacio a **El tiempo de los profetas**, Paul Bénichou observa que “cuando se consideran las doctrinas de la era romántica, hay que tener siempre presente que su objeto no es sólo constituir la sociedad moderna, sino a la vez fundar los derechos de la corporación espiritual que la emite. Toda definición del orden social consagra como guía a aquel que la formula...”.¹² Ahora bien, ¿quiénes son los productores de definiciones del orden social sino la gente de saber, los doctos, los letrados o, como los llamamos hoy, los intelectuales? La observación de Bénichou podría aplicarse no sólo a las descripciones sociales de nuestros doctrinarios románticos —por ejemplo, Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Domingo F. Sarmiento—, sino también a las que produjeron los pensadores y escritores que los sucedieron. ¿Acaso en la visión sociológica de José Ingenieros no podemos detectar el punto de vista del hombre de saber y la representación idealizada de su misión? Fueron estas ideas, que se hallaban alimentadas también

¹¹ Reinhart Koselleck, “Historia de los conceptos e historia social”, en Peter Ludz (comp.), **Sociología e historia social**, Buenos Aires, Sur, 1974, p. 8.

¹² Paul Bénichou, **El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica**, México, FCE, 1984, p. 10.



por la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, que enseña que debe prestarse atención no únicamente a los mensajes sino también a esa clase de personas que son los productores de mensajes, las que me llevaron a plantear que la historia intelectual no podía ser indiferente a la historia de los intelectuales.

El interés por promover una historia de los intelectuales en América Latina estuvo asociado a estos razonamientos. No voy a repetir ahora lo que ya escribí en la introducción al primero de los dos volúmenes que componen esa historia.¹³ Aquí sólo quiero resaltar lo que fue un primer criterio en el momento de concebir el proyecto de la obra: la historia de los intelectuales no debía confundirse con ni reducirse a una historia intelectual, como quiera que ésta se definiera —como una historia de las ideas, del pensamiento, de los grandes textos de la tradición latinoamericana—. Una historia de los intelectuales debía ser la historia de un actor que inscribía su acción en diferentes arenas, la más visible de las cuales era la arena del debate cívico, aunque la intervención de los intelectuales en la escena política estaba lejos de agotar sus ámbitos y formas de actividad. Por cierto, la producción discursiva y las creaciones culturales eran dimensiones esenciales de la práctica intelectual. Los objetos, las fuentes y las tareas de una historia de las élites culturales, sin embargo, excedían los de una historia organizada en torno de obras, corrientes de pensamiento, movimientos artístico-literarios.

A la inversa, tampoco creo que la historia intelectual tenga una función subsidiaria, que no sea más que una dependencia de la historia de los intelectuales. Lo que esta última pueda enseñar no exime a la historia intelectual de sus tareas, las tareas de lo que podríamos llamar una hermenéutica crítica y cuyo centro radica en el análisis de discursos y significaciones considerados como hechos históricos. La relación de los enunciados de un discurso escrito con lo que solemos llamar su contexto no es inmediata y rara vez resulta transparente, como supone el tratamiento documentalista de los textos, frecuente entre los historiadores. Esa relación ha de ser explorada a través de las convenciones del género discursivo, de las palabras que emplea, sus esquemas argumentativos y su retórica figurativa, esto es, a través de las estructuras formales por medio de las cuales el texto dice lo que dice. ¿No ofrece recursos para esto la historia de los intelectuales? Me parece que sí, aunque sólo algunos y no siempre de la misma importancia para el trabajo de la interpretación.

Por supuesto, el peso que se asigne a cada uno de los diferentes medios críticos que se pueden emplear depende de la complejidad o densidad de los textos y del interés cognitivo que en cada caso guíe la investigación. Doy algunos ejemplos para hacer menos abstracto el planteo. Al explorar la literatura de la izquierda argentina preguntándome por las representaciones que allí se habían forjado sobre el peronismo, lo que me motivaba era describir e interpretar el cambio experimentado por una cultura política en el decenio que va de 1956 a 1966. El lenguaje estereotipado, hecho

de afirmaciones axiomáticas y fórmulas perentorias y repetitivas, la *langue de bois*, como se llama en Francia al lenguaje formado por clisés, era lo primero que salía al paso en libros y folletos, artículos y panfletos, donde abundaban las polémicas, las refutaciones y las luchas de autoridad. Lo que me interesaba en esa producción ideológica no era detectar estilos personales, sino esquemas argumentativos y narrativos, los tópicos, según los denomina Marc Angenot, encerrados en discursos militantes. Un camino semejante seguí al buscar qué se decía de la clase media en esa misma cultura, es decir, qué predicados e imágenes aparecían ligados al sujeto “clase media” en el interior de determinada cultura política en determinado período.

Me propuse un ejercicio diferente al analizar cómo obraba en el **Facundo** de Sarmiento el tópico orientalista. La presencia de dicho tópico en ese clásico del pensamiento hispanoamericano había sido ya señalada muchas veces, de modo que no consideraba hacer un descubrimiento al enfocarlo. Lo que, en cambio, a mi entender pasó inobservado fue que ese tópico no tenía únicamente una función exotista (o sea: sugerir literariamente la lejanía del paisaje y las costumbres que el autor evocaba en su texto), sino también una función explicativa del caudillismo hispanoamericano. Y traté de hacer la prueba de esa hipótesis heurística en un artículo. Ese uso alegórico del orientalismo sobreentendía a un lector familiarizado con las claves del discurso orientalista, es decir, los otros miembros de la élite ilustrada que eran los primeros destinatarios del **Facundo**. Me pareció que la interpretación propuesta hallaba si no confirmación, al menos plausibilidad en la lectura que hizo Alberdi del texto de Sarmiento en ese clásico de nuestra literatura polémica que son las **Cartas quillotanas**.

Digamos, para resumir, que bajo el nombre de historia intelectual le he prestado atención a diferentes tipos de hechos de discurso. Empleé igualmente diferentes procedimientos, según colocara bajo el foco una problemática de grupo, una corriente de opinión o una obra individual, la elaboración que un autor hace de un tema del discurso social, su puesta en forma, o lo que está en el aire en un momento dado, lo que “se dice” en el discurso social. No voy a hacer la alabanza y menos aun la recomendación de estos modos de recortar los objetos de estudio: estoy hablando de experiencias de trabajo, no de modelos. Concibo la historia intelectual como un empeño por ampliar y, a la vez, hacer más rica, nuestra comprensión del mundo histórico, pero ese esfuerzo no sigue un solo y único canon.

Por último, en lo que concierne a las tareas de una historia intelectual en América Latina, que es la preocupación que animó la convocatoria a este congreso, me atrevo a decir que entre nosotros ella también ha de declinarse en plural y que de los frutos de su labor debe esperarse una visión renovada, seguramente más compleja del pasado de nuestros países. Creo que una mejor comprensión de nuestra historia puede ayudar a discernir con más elementos de juicio las posibilidades que encierra el presente para nuestros pueblos.

¹³ Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina. I De la ciudad letrada al modernismo**, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.